

artistas de primer orden: Agustina Brohán y su hermana Magdalena, Beauvallet, Ligier, Geffroy, Samson, Provost, Regnier, y ante todo la sublime intérprete de Racine y de Corneille, la trágica de genio, Mlle. Rachel. En octubre de 1852 desempeñó el papel de Emilia en *Cinna*. El crítico Hipólito Rolle escribía entonces: «Mlle. Rachel es la misma Emilia; siente el odio insaciable, la feroz intrepidez que arde en deseos de bañarse en sangre, el ciego desprecio del peligro, las audacias, las impaciencias, los desdenes sin compasión para la mano que vacila ó el corazón que desfallece; todo, hasta la crueldad; mas por un arte exquisito, en el momento en que la generosidad de Augusto y su clemencia natural caen sobre aquella alma ulcerada, cual un rocío benéfico que extingue el fuego y cura las heridas, Mlle. Rachel expresa tan bien con el encanto de su mirada, con su ademán y actitud, que su odio se mitiga y se desvanece, que hace comprender cuán completa es la victoria de Augusto sobre la rebelde y hasta qué punto queda de pronto sometida y dominada.»

Los cortesanos de Luis Napoleón, que calificaban de César á su tío el emperador y á él mismo de Augusto, consideraron que *Cinna* era una obra de circunstancias, y se resolvió representarla ante el príncipe en una función de gala, que tuvo lugar en el Teatro Francés el 22 de octubre de 1852. Desde largo tiempo antes de la hora del espectáculo, una multitud inmensa obstruía las inmediaciones del edificio, y las ventanas de las casas próximas estaban ocupadas por personas que esperaban allí para saludar á su paso á Luis Napoleón, el cual debía venir de Saint-Cloud. La fachada, brillantemente iluminada, se había adornado con águilas y con la cifra N. sobrepuesta de coronas imperiales y de un triple cordón de luces de gas. Los gritos de ¡*Viva el emperador!* anunciaron la llegada del príncipe, que al apearse del coche fué recibido por el director, M. Arsenio Houssaye, y entró en su palco por las habitaciones del Palais-Royal. La sala presentaba un golpe de vista deslumbrador; las mujeres, con trajes de baile y ricos adornos, llevaban casi todas ramos de violetas, la flor de los bonapartistas; y en el salón de descanso un grupo de banderas tricolores rodeaba el busto del príncipe. Durante la representación, el público señaló con sus aplausos todos los pasajes en que se podía ver alusiones lisonjeras para el príncipe, y terminada la tragedia, Mlle. Rachel, que se había excedido á sí misma, reapareció en escena, rodeada de todos los artistas de la Comedia Francesa, para recitar una oda titulada *El Imperio es la Paz*, escrita por M. Arsenio Houssaye, y cuyas últimas estrofas fueron saludadas con nutridos aplausos.

## XL

## LA SEÑORITA DE MONTIJO

La Rochefoucauld ha dicho: «Se pasa con frecuencia del amor á la ambición; pero pocas veces se vuelve de la ambición al amor.» Luis Napoleón debía desmentir esta máxima. Hay ambiciosos que, una vez realizados sus sueños de orgullo, sienten como la nostalgia del amor, y dicen con Alfredo de Musset:

«No es nada ser admirado;  
lo esencial es ser amado.»

Luis Napoleón era de la raza de estos ambiciosos, y en el momento en que, después de tantas pruebas, lograba su objeto y podía exclamar como el Carlos V de Víctor Hugo:

«¡Oh!, ¡el Imperio, el Imperio!  
¿Qué me importa? Ya le toco y me parece bueno.....»

se dejaba seducir por ensueños y aspiraba á la mayor felicidad de la vida, al amor en el matrimonio.

Francisco I acostumbraba á decir que una corte sin mujeres es un año sin primavera y una primavera sin rosas. Luis Napoleón opinaba como el rey caballero, y no comprendía un imperio sin una emperatriz. En los tres primeros años de la presidencia no había pensado en casarse, porque aún abrigaba dudas sobre su suerte política; pero había traído de Londres á París una mujer muy hermosa, que le era sumamente fiel, á la cual no presentó nunca en los salones del Elíseo y que no tuvo en ningún grado el carácter ni la condición de una favorita. M. Odilón Barrot ha reproducido en sus Memorias (tomo III, pág. 361) una curiosa carta que el príncipe le dirigió en 1849, refiriéndose á esta hermosa inglesa. «Como hasta ahora, decía, mi posición me ha impedido casarme, y como en medio de los cuidados del gobierno no tengo ¡ay! en mi país, del que tanto tiempo estuve ausente, ni amigos íntimos, ni relaciones de la infancia ni parientes que me proporcionen la dulzura de la familia, creo que bien se me puede perdonar un afecto que no perjudica á nadie y que no trato de hacer público.»

Las más lindas damas de la alta sociedad francesa y extranjera figuraban en las fiestas del Elíseo. El Príncipe Presidente se mostraba cortés y atento con todas, pero no manifestaba preferencia por ninguna.

Después del golpe de Estado, los ministros y los amigos del príncipe trataron de casarle con una princesa de sangre real ó imperial; pero sus tentativas no fueron felices, porque aún había en las cortes europeas muchas prevenciones contra Luis Napoleón. Sin embargo, hubo una negociación matrimonial que durante un momento pareció que debía dar buen resultado.

La gran duquesa Estefanía de Baden, de nombre Beauharnais, había tenido tres hijas de su casamiento con el gran duque Carlos Luis Federico de Baden, muerto en 1818: Luisa Amelia Estefanía, nacida en 1811, casada con el príncipe Gustavo de Wasa; Josefina, nacida en 1813, casada con el príncipe de Hohenzollern-Sigmaringen; y María, nacida en 1817, casada con el marqués de Douglas, hijo del duque de Hamilton.

En 1830 fué cuando la primera de estas tres princesas casó con el príncipe Gustavo Wasa, hijo del rey de Suecia Gustavo IV, destronado en 1809 y sustituido por su tío Carlos XIII, el cual adoptó por heredero á un mariscal de Francia, Bernadotte. Desterrado de Suecia, el príncipe Gustavo Wasa vivía en Austria, donde llegó á ser teniente-feld-mariscal al servicio del emperador. De su casamiento con la princesa Luisa Amelia Estefanía de Baden, de la cual se separó en 1844, tuvo una hija, la princesa Carolina Wasa, nacida el 5 de agosto de 1833. Con esta princesa (ahora reina de Sajonia) se había querido casar á Luis Napoleón. El príncipe Gustavo Wasa dijo que no se oponía en principio á esta unión; pero que pediría consentimiento á la corte de Austria. El emperador Francisco José hizo comprender que, teniendo en cuenta la suerte de las dos archiduquesas María Antonieta y María Luisa, no se apresuraría mucho á favorecer el matrimonio con un príncipe francés; y en su consecuencia se renunció al proyecto. Luis Napoleón sintió poco el mal resultado de esta negociación matrimonial, porque no estaba enamorado.

Había entonces en París una joven española que llamaba la atención en los principales salones por el esplendor de su belleza: era la señorita Eugenia de Montijo, condesa de Teba. Ya hemos hablado de su infancia, y la hemos dejado en París en 1837, cuando era alumna en el convento del Sagrado Corazón, de la calle de Varenne, donde hizo su primera comunión. Su padre murió el 15 de marzo de 1839. Al recibirse la primera noticia de su enfermedad, sus dos hijas salieron de Francia para ir á reunirse con él en Madrid, acompañándolas su institutriz miss Flowers. «No podría usted creer, escribía entonces su antiguo amigo Merimée, el pesar que me causa verlas marchar.» En su libro sobre el autor de la *Crónica del reinado de Carlos IX*, M. Augusto Filón ha dicho al hablar de esta marcha: «Contaban trece y catorce años respectivamente, y hallábanse en esa edad indecisa en que la mujer comienza á mirar con los ojos de la niña. Conozco un cuadro que las representa con trenzas pendientes sobre la

espalda, y dejando ver el borde del pantalón que llega á media pierna. La belleza de la una no pasa aún de presentimiento; pero se reconoce ya cierta mirada expresiva y cierta flexión del cuello.....» Merimée estaba poseído de una tierna y penetrante emoción cuando en el patio de las Mensajerías vió ponerse en movimiento la diligencia que se llevaba á Paca y Eugenia. Por poco más, ce-



Eugenia de Montijo, condesa de Teba

diendo á una necesidad del corazón, se hubiera ido con ellas, y había hecho prometer á las niñas y á miss Flowers que le escribirían: «De todo esto, escribí á la madre, bien resultará una carta.» En efecto, desde Olorón, donde el mal tiempo impedía atravesar la montaña y obligó á las tres viajeras á detenerse, Eugenia escribió á M. Merimée una bonita carta en papel rayado.

Después de la muerte de su esposo, la condesa de Montijo se hizo mujer política. Pertenecía al partido del general Narváez, y su salón, en su casa de la plaza del Angel, ejercía en Madrid cierta influencia. Sus reuniones, los domingos por la noche, estaban muy concurridas; la grandeza, los diputados á Cortes, el cuerpo diplomático y las eminencias del arte y la literatura se daban allí cita. Durante la estación de verano, la condesa habitaba en su posesión de Ca-

rabanchel, que había pertenecido al conde Cabarrús, ministro de Carlos IV, y donde Teresa, su hija, más tarde célebre bajo el nombre de Mme. Tallián, pasó los primeros años de su vida.

Hemos tenido el honor de ver con frecuencia á la señora condesa de Montijo en las temporadas que residía en París durante el reinado de su yerno. Era toda una gran dama, de la cual hemos conservado un respetuoso recuerdo. Española de corazón, patriota apasionada, sinceramente fiel á su país y á sus amigos, distinguíase tanto por su elevada inteligencia cuanto por su carácter en extremo enérgico, observándose en ella una constancia y una fuerza de voluntad notables. Era mujer de cabeza á la vez que de corazón; y ninguna de las personas que tuvieron el honor de frecuentar sus salones han olvidado la distinción con que los presidía. Amable, vivaz y alegre, interesábase en todas las noticias de Madrid y de París, y su conversación era siempre amena y animada. La literatura francesa tenía para ella tanto atractivo como la española; era amante de la música y sabía de memoria todas las óperas del repertorio. Muy asidua concurrente al teatro, protegía á los artistas y recibíalos en su casa con benevolencia. En Madrid y en Carabanchel daba pequeños bailes y organizaba comedias de sociedad. Merimée ponía á disposición de la hospitalaria condesa sus talentos de maquinista, de pintor escenógrafo, de apuntador y de director de escena.

«En su posesión de Carabanchel, ha escrito M. Augusto Filón, la condesa de Montijo plantó árboles, y con esa admirable fuerza de ilusión que todo lo hace posible, apenas nacidos, creía verlos grandes y disfrutaba de su sombra. En su teatrillo de campo se atrevía á poner en escena grandes óperas; hacía cantar y bailar á todo el mundo, y divirtió á sus huéspedes hasta el último día. Distribuía el placer é imponía la felicidad á su alrededor, manera de proceder que no puede ser desagradable sino para aquellos que se forman una idea muy independiente y particular de la dicha y los placeres. A los más les complace que les proporcionen la felicidad sin buscarla.»

Las dos hijas de la condesa, Francisca, nacida el 29 de enero de 1825, y Eugenia, nacida el 5 de mayo de 1826, excitaban la admiración general; y la sociedad madrileña se planteaba como un problema determinar cuál de las dos era la más hermosa. Sus admiradores se dividían en dos bandos. La mayor hizo un brillante casamiento el 14 de febrero de 1844, uniéndose con el duque de Alba, diez veces grande de España. He aquí cómo habló de la menor M. de Mazade, que á fines del reinado de Luis Felipe había sido encargado por el ministerio de Instrucción pública de una comisión en España: «La señorita Eugenia de Montijo había alcanzado en la sociedad de Madrid gran renombre por su atrevida imaginación y la viveza ardiente de su carácter. Asombraba por una especie de gracia viril, que fácilmente hubiera hecho de ella una heroína de novela, y llevaba altivamente, antes de ceñir la diadema imperial, aquella corona de cabellos cuyo color hubiera apreciado un pintor veneciano.» (En la crónica de la *Revista de Ambos Mundos* correspondiente al 31 de enero

de 1853, fué donde M. Mazade escribió las líneas que acabamos de transcribir.)

Las dos hermanas fueron muy notadas cuando se dieron en Madrid las fiestas con motivo de los célebres matrimonios de la reina Isabel con su primo el infante Francisco de Asís, y de la infanta Luisa, hermana de la reina, con el duque de Montpensier, hijo del rey Luis Felipe. En la reunión que dió el conde de Bressón, embajador de Francia, el 7 de octubre de 1846, el duque de Aumale, que había acompañado á su hermano el duque de Montpensier á Madrid, tuvo una larga conversación con la señorita Eugenia de Montijo y quedó prendado de su talento y de su hermosura. La señora condesa de Bressón, viuda del embajador, nos lo refería últimamente. El duque de Aumale no ha olvidado este recuerdo de su juventud, y él mismo lo evocó á la viuda de Napoleón III, á la cual profesa un respeto caballeresco. Algunos años hace, el hijo del rey Luis Felipe acababa de llegar á Nápoles, cuando supo que la emperatriz se hallaba allí también; al punto la hizo una visita, y despertó el recuerdo de aquella noche del 7 de octubre de 1846, en que la habló por primera vez. «¡Qué hermosa joven era V. M.,» exclamó. «¡Y vos, monseñor, contestó la infortunada soberana, qué apuesto caballero!» El duque de Aumale y la emperatriz Eugenia volvieron á verse en el mes de mayo de 1896. El duque posee en Sicilia, en los cerros de Zucco, una finca célebre por sus viñedos, y allí recibía á su resobrino, el duque de Orleáns. Los dos príncipes habían aceptado un almuerzo en el *Namouna*, el yate de M. Gordón Bennett, el rico americano, director del *New York Herald*, y al llegar á bordo, el duque de Aumale supo que el *Thistle*, yate de la emperatriz Eugenia, acababa de anclar en la rada de Palermo. Después de almorzar la hizo una visita, y manifestóle que el duque de Orleáns deseaba presentarle sus respetos, á lo cual contestó amablemente la viuda de Napoleón III que la complacería conocer al joven príncipe. M. Gordón Bennett mandó preparar inmediatamente la ballenera del *Namouna*, que condujo á los duques de Aumale y de Orleáns á bordo del yate de la emperatriz. Su Majestad y los dos príncipes hablaron como buenos amigos más de una hora, y al día siguiente se reunieron para almorzar á la mesa del duque de Aumale, en el castillo de Zucco, la viuda de Napoleón III y el duque de Orleáns.

Volvamos ahora á la juventud de la emperatriz Eugenia. En el año que siguió á los casamientos reales, su madre ocupó el más alto cargo que pueda concederse á una mujer en la corte de España, pues fué nombrada camarera mayor de la reina Isabel. Merimée le escribió entonces: «¿Conque sois verdaderamente camarera mayor y estáis satisfecha? Esto basta para que yo también esté contento. Podréis hacer bien, y es lo suficiente. Por más que digáis, habéis nacido para el combate, y sería ridículo desear á César la vida tranquila del segundo ciudadano de Roma. Debo deciros que ya me han hecho la corte por vuestra causa y espero que el mejor día me entreguen memoriales. Dado mi carácter, ya adivinaréis qué uso haré de ellos.» Lo que alarmaba al afectuoso Me-

rimée era saber que la condesa de Montijo salía sola en coche con una soberana á quien amenazaban numerosas conspiraciones. Por lo demás, muy poco tiempo fué camarera mayor. «Al cabo de menos de tres meses de su nombramiento, ha escrito M. Augusto Filón, la condesa de Montijo renunciaba espontáneamente al cargo que había aceptado con alegría, pero cuyas dificultades y peligros conoció muy pronto, habiéndose tramado una intriga para hacerla perder la confianza de la reina. Algo cándido en estos asuntos, Merimée se extrañó de que el gobierno no hubiera sabido defender mejor á una auxiliar tan útil; pero pudo comprenderlo un poco más tarde. Precisamente el talento y la influencia creciente de la camarera mayor de la reina era lo que hacía sombra á los dueños de España, y la condesa de Montijo tomó su partido al punto. Su ambición era de buen género y no se acomodaba á una autoridad precaria, disputada, comprada por compromisos ó complacencias, y prefirió más bien dimitir su cargo á someterse.»

La condesa de Montijo y su hija se hallaban en Madrid cuando estalló en París la revolución del 24 de febrero de 1848, cuyas fases y consecuencias siguieron con extremada atención. Los asuntos de España ocupaban á la señorita Eugenia menos que los de Francia, y tal vez tuviera ya el presentimiento de que algún día iba á desempeñar un papel importante en aquel país, cuya historia es una tragicomedia que tiene el privilegio de interesar y apasionar al mundo entero.

Desde el 10 de febrero al 26 de diciembre de 1849, el príncipe Napoleón, hijo del rey Jerónimo Bonaparte, antiguo soberano de Westfalia, desempeñó el cargo de embajador de Francia en Madrid. Dícese que entonces le causó gran admiración la señorita de Montijo, y que hasta tuvo la idea de pedir su mano; pero esta idea no encontró apoyo ni en la hija ni en la madre.

En 1849, la condesa de Montijo y su hija Eugenia llegaron á París, donde, así como todos los extranjeros de distinción, asistían con regularidad á las fiestas del Elíseo, siendo recibidas por el Príncipe Presidente con las consideraciones debidas á su rango. No obstante, nadie preveía aún que Luis Napoleón pudiera enamorarse de la joven y hermosa española, aunque desde la primera vez que la vió produjo en él una impresión profunda que debía acrecentarse de día en día.

Las personas que la condesa de Montijo y su hija veían más á menudo en aquella época no eran bonapartistas. Se alojaban en casa del marqués y de la marquesa de Dampierre, en el castillo de Plassac (Charente Inferior), que había servido de refugio á la duquesa de Berry antes de 1832. En París se trataban á menudo particularmente con los legitimistas y orleanistas; verdad es que no había aún en aquel momento sociedad bonapartista. El mundo oficial y los mismos ministros no eran en realidad partidarios de Luis Napoleón.

Sin embargo, Eugenia, cuya infancia se había mecido entre las leyendas de la epopeya napoleónica, creía en un próximo restablecimiento del Imperio; y el

apasionado interés que manifestó por el buen éxito del golpe de Estado conmovió profundamente á Luis Napoleón. M. Augusto Filón ha escrito que su simpatía por la señorita de Montijo nació en 1849 y «se despertó con más fuerza cuando la joven entusiasta, en plena batalla de diciembre y antes que la suerte se hubiese decidido, escribió al príncipe ofreciéndole poner á su disposición, en caso de un descalabro, todo cuanto poseía.»

El año que siguió al golpe de Estado fué para el heredero del emperador Napoleón una serie de ovaciones incesantes. El antiguo desterrado pasaba su vida bajo arcos triunfales; pero los increíbles favores que la caprichosa fortuna le prodigaba entonces, no le inspiraban ideas altivas ni de orgullo, sino meditaciones sentimentales. Cuanto más adulado y aclamado era, más pensaba con éxtasis en la joven que había conquistado su corazón al mismo tiempo que él conquistaba el poder. Olvidaba las revistas, las fiestas, los aplausos y las músicas, para recordar tan sólo la frase de La Bruyère: «Un lindo rostro es el más hermoso de todos los espectáculos, así como la armonía más dulce es el sonido de la voz de la mujer que se ama.» Según afirmación de un testigo ocular, durante una permanencia en Fontainebleau y otra en Compiègne fué cuando su amor se acrecentó rápidamente. Daremos á conocer á grandes rasgos estas dos permanencias.